

La invasión norteamericana (de 1881)¹

Manuel Gutiérrez Nájera

LA GRAN PREPONDERANCIA del elemento americano alarma, y con justicia, a los que meditando seriamente sobre asunto de tanta trascendencia, miran en esta invasión pacífica, en este movimiento comercial, en esta gran conquista de doblones, un grave conflicto para el porvenir. Ya podemos ahora decir de los americanos lo que los filósofos panentheístas dicen de su dios: en ellos somos, estamos y vivimos.

En la invasión que nos amenaza positivamente no vienen ya las águilas soberbias de la Francia, sino las águilas brillantes de los pesos; no habrá combates ni escaramuzas; no se derramará la sangre; no tendremos que armarnos de punta en blanco para defender la integridad de nuestro territorio; los ejércitos invasores, los hombres del combate y la conquista, desembarcarán tranquilamente en Veracruz; ningún agente de la policía les molesta, ninguna autoridad inquiera sus papeles; vienen seguros por el camino recto; se alojan en Iturbide, comen en Recamier, transitan sin temores por las calles, invierten su dinero en obras y en empresas mexicanas; parece a primera vista que vienen a traernos el oro y la plata de sus enormes cajas, y en rigor de verdad por lo que vienen es por la industria, por el comercio y por la vida.

Traen el capital, es cierto; capital sin el que nunca pueden fructificar nuestras empresas; capital necesario, indispensable; con ellos viene la poderosa máquina que arrancará el metal a nuestras minas, el ferrocarril que, acortando las distancias haga más llana y hacedera la explotación de nuestras riquezas; pero una vez que se consuma la obra y la locomotora haga flamear en todas partes su penacho de humo, nos encontraremos precisamente en las condiciones en que se encontraba aquel protagonista de una leyenda

turca: vendió su espíritu al demonio por un mezcquino puñado de monedas, y cuando quiso vivir y holgar mediante su opulencia relativa, se halló con que el demonio negábase a entregarle su dinero, so pretexto de que siendo su amo y dueño podía a su antojo disponer de todo lo que su esclavo poseyera.

Así que tendremos, es verdad, más fábricas, más industrias, más ferrocarriles; pero estas fábricas no serán nuestras; esas industrias ajenas y extrañas acabarán las propias; y por aquellos ferrocarriles tan largamente deseados vendrán los productos americanos, la sobra y el exceso de sus plazas, e inundarán nuestros mercados con mengua de los productos indígenas, incapaces de competir en baratura; tendrán que realizarse con gran pérdida. No tenemos capital que impulse nuestras empresas; necesitamos el poderoso empuje del dinero extraño, y cuando éste viene caminando triunfante sobre palmas, miramos con espanto que va a impulsar nuestras empresas, como deseábamos, pero no hacia nosotros, hacia él. Estamos en la misma condición de un paralítico, sentado frente al arcón que guarda una fortuna: bástale tender el brazo para alcanzarla, pero sus brazos no tienen movimiento; llama, y quienes acuden a ayudarlo, se llevan el arcón bajo el brazo.

La única manera de prever estos conflictos y remediar los daños venideros es proteger abiertamente las empresas europeas, crear en nuestro mercado nuevos intereses que riñan y pugnen con los americanos. No queremos entregarnos, liados de pies y manos a los explotadores americanos. Venga en buena hora el capital *yankee*; pero no excluya los demás, no absorba las múltiples formas de nuestra vida activa. Ya que no podemos competir con ellos, busquémosles competidores en las plazas europeas. ■■■

¹ Publicado el 21 de abril de 1881 en *El Nacional*.